

el colmo del absurdo. Dios es verdad, y justicia y santidad: no es sólo misericordia. Jesucristo ha declarado que *quien crea en El, y sea bautizado, se salvará*; y que *quien no crea, se condenará*: es preciso que así sea. El Apóstol ha dicho que *sin fé es imposible agradar á Dios*: se necesita ésta, por consiguiente. En conformidad con tal doctrina, el mismo Apóstol colocó la *herejía* entre los homicidios y los adulterios, afirmando que *quien incurriese en aquella no heredará el reino de los cielos*; es claro, por consecuencia, que quedará excluido. Estas y otras innumerables sentencias de la Sagrada Escritura, la autoridad de la Iglesia santa, la tradición de todos los Padres, nos aseguran que no hay salvacion fuera de la verdadera fé de Jesucristo: no basta, pues, creer estar en lo verdadero cuando hay obligacion y medios de no pensar de esta suerte.

Si esto puede aplicarse á todos los hombres, y si hasta los infieles y los herejes tienen precision de hacer lo que puedan para llegar poco á poco á la verdad, ¿cómo han de merecer excusa los «volterianos» y los libertinos que viven en medio de nosotros? Estos rechazan y reniegan del Cristianismo despues de haberlo conocido; lo rechazan para obrar segun su corazon corrompido; lo rechazan á pesar de los remordimientos de su conciencia, afrentando de un modo abominable al Señor, que por su misericordia los habia iluminado, y pretendiendo despues que de todas maneras debe salvarlos la divina bondad. ¡A fé que Dios mudará sus designios, hará que sean falaces sus palabras, retirará sus amenazas, y les abrirá de par en par las puertas del cielo para no privarse de su compañía! ¡Presuncion impudentísima de gusanos asquerosos que creen ser poco ménos que necesarios á la Divinidad! ¡Ah! Persuádase cada uno de que no servirá á un reo la compasion de otro, cuando el juez proteste que no quiere ser compasivo.

es evidente que el Cristianismo llega á ser inútil, porque cada uno de los que piensan á su modo tiene igual derecho á salvarse. Como lector mio, esto es

CAPÍTULO VI.

Religion.

I. Los católicos son intolerantes.—II. No tienen caridad.

Lo manifestado en el capítulo anterior suministra á no pocos ocasion de acusar á los católicos de *intolerantes*; como esta acusacion es sumamente grave en nuestros dias, en los que es de moda encarecer la discrecion, la prudencia y la humanidad, todos procuran declinarla. No os conmovais, empero, excesivamente. Procurad, por el contrario, comprender qué cosa sea la intolerancia de los católicos, y quizás encontrareis en ella más bien motivo de alabanza y de honor, que de culpa y de confusion.

I. *Los católicos son intolerantes*, dicen primeramente, *cuando se trata de religion*. Advertid que los que dirigen esta acusacion son los protestantes, ó los grandes admiradores de la tolerancia protestante, que quisieran ver trasplantada á nuestra nacion. Mas ante todo, preguntadles con mucho secreto y confidencialmente sobre la tolerancia que conceden en su país, y cómo la entendieron, v. gr., los tolerantísimos ingleses durante tres siglos con los católicos de Inglaterra, de Escocia, y sobre todo de Irlanda, y cómo la han conservado en las palabras, en las leyes, en la libertad. Preguntadles si han promulgado alguna ley que á los mismos se refiera. Decidles tambien que, para edificacion vuestra, os hablen con toda confianza. ¡Hipócritas! Tienen el valor de hablar de tolerancia con un código que respira opresiones, mantanzas, ultrajes, carnicerías de todo linaje contra un pueblo que cometió el gran delito de querer conservarse fiel á la Religion de sus padres y de todo el mundo civilizado; con una historia que recuerda

los hechos de Enrique VIII, de Eduardo VI, de Isabel, de Cromwell, de Knox, etc., etc. Que os digan cómo entendieron la tolerancia hasta estos últimos años los suizos de Berna ó de los cantones protestantes con los cantones católicos. Que os digan cómo en estos dias la entienden los luteranos de Suecia, de Dinamarca y de Noruega. Que os digan cómo la entiende la Alemania de nuestros dias en su gobierno; en el Parlamento y en todas sus administraciones. Que os digan lo que están haciendo en Ginebra y en Berna contra la Iglesia aquellos protestantes feroces que allí mandan. Hacedos contar las prisiones, las multas y las tropelías que cometen todos los dias contra los Obispos, contra los sacerdotes, contra los católicos seglares, y hasta contra los jóvenes que no prostituyen su conciencia á sus ímpos decretos. Si despues de haber exterminado á la Religion católica con el hierro y el fuego en los tiempos pasados; si hasta en nuestros dias no siguen sus infames persecuciones; si no han establecido sus sectas con leyes verdaderamente draconianas contra el Catolicismo, levanten la cabeza, y hablen de tolerancia, en la seguridad de que oíremos sus acusaciones. Pero si ha sucedido todo lo contrario, y no consiguen borrar la historia de tres siglos enteros, ni esconder todos los periódicos, entónces no tienen razon para encarecer su tolerancia.

Mas viniendo á contestar directamente, obsérvese que de dos maneras se puede comprender que otro sea intolerante en materia de religion; ó que persiga á los que no piensen como él, ó que desapruébe de palabra, oponiéndose con ella á los que enseñen de diverso modo. En cuanto al primer género de tolerancia, manifestaré más abajo, y en lugar oportuno, alguna cosa: por lo que hace al segundó, diré aquí una palabra.

Los católicos *no pueden sufrir que otros se opongan á su Religion, y desapruéban todas las sectas que de ella se apartan.* ¿Sereis, lectores, tan necios que os cause maravilla esto? Comprenderíais muy poco, no digo la índole de la Religion

católica, pero ni la naturaleza del hombre, si pudiéseis creer posible ú obligatorio lo contrario.

No hay nadie en el mundo que no sea intolerante cuando cree poseer una verdad cualquiera; y si quereis persuadiros de ello, os prometo presentar la confesion más solemne salida de la boca del más ferviente patrono de la tolerancia universal. Decidme, señores, por merced; si alguno viniese á plantar en vuestras ciudades un nuevo culto que requiriera el sacrificio de víctimas humanas, ¿lo toleraríais? No ciertamente. ¿Y por qué? Porque es un delito, y un delito no puede tolerarse. Vosotros, por consiguiente, sois intolerantes, y háceis violencia á la conciencia de otros, proscribiendo como delito lo que es un obsequio á la Divinidad, como lo pensaron tantos pueblos antiguos, y como lo piensan tantos pueblos aún en nuestros dias. ¿Con qué derecho quereis, pues, que vuestra conciencia prevalezca sobre la suya? La única respuesta que podreis dar es que vuestra intolerancia es un beneficio para la humanidad. Está bien; mas no me negareis, pues, que puede darse un caso en el cual la intolerancia relativamente á un culto os parezca un *deber* y un *derecho*. Si proscribís dicho culto atroz, ¿permitiréis á lo ménos que se proclame por los catedráticos como santa la práctica de sacrificios de víctimas humanas? Librenos Dios, porque sería esto enseñar el asesinato. Ahora bien. Hé aquí de nuevo una doctrina que no podeis tolerar. Sigamos adelante. Conoceis sin duda los sacrificios que se ofrecieron en otro tiempo á la diosa del amor, y el culto infame que se la consagró en Babilonia y en Corinto: si ahora renaciera entre nosotros un culto semejante, ¿os parece que se debería tolerar? No, ciertamente, porque sería contrario á las leyes del pudor. ¿Permitiríais, cuando ménos, que se enseñase la doctrina sobre la cual aquel culto se funda? Ni aún eso, y por la misma razon. Hé aquí, pues, otro caso en el cual os consideraríais en el *derecho* y el *deber* de ser intolerantes, y de violentar la conciencia de otros, por exigirlo la vuestra. Más aún. Imaginad que cualquier cabeza caliente, acalorada todavia más

por la lectura de la Biblia; quisiera fundar un nuevo cristianismo con arreglo al plan que ya concibieron Matías Harlem ó Juan de Leyden, y comenarse á propalar sus doctrinas, reunir gente y arrastrar á una parte del pueblo. ¿Os parece que sería tolerable esta nueva religion? No, ciertamente, porque estos infelices podrian renovar las tragedias del siglo xvi, cuando en Alemania los anabaptistas, conculcando toda propiedad, por orden, decian, del Altísimo, abatian las autoridades constituidas, asesinaban á los señores y esparcian por todas partes la desolacion y la muerte. Perfectamente: refrenarlos sería tan justo como caritativo y prudente. ¿A qué viene, pues, á parar aquel principio tan claro, evidente y justo de la tolerancia universal, si á cada momento os veis compelidos á renegar de él por la fuerza de las cosas? ¿Diréis, por ventura, que la seguridad del Estado, el buen orden de las sociedades y la moral pública os obliga á ello? Entónces, repito yo, ¿qué gobierno de principios es aquel que tan frecuentemente se encuentra en lucha con la moral, con el orden y con la pública seguridad (1)? Resulta, pues, evidentísimo que es un absurdo, dígaselo que se quiera en contrario por ciertos sabiendos.

Apliquémoslo ahora á nuestro caso. ¿Qué creemos los católicos? Creemos poseer la verdad en hecho de Religion; creemos que sobrevendrán males gravísimos en el tiempo, y aún mayores en la otra vida, no bien dejemos corromper en nosotros esta verdad. Nosotros creemos que todos los demás cultos se alejan del verdadero á medida que más se apartan de nuestras creencias; creemos todo esto apoyados en los fundamentos más incontrastables de la razon, de la autoridad y de la fé; por lo cual estamos dispuestos á dar toda la sangre de nuestras venas en medio de los tormentos más horribles, antes que renunciar á una sola de nuestras creencias. Con esta persuasion en la mente, ¿podremos tolerar nunca que ataquen los demás en nosotros, en

(1) Balmes: *El Protestantismo*, cap. xxxv.

nuestros semejantes ó en nuestra pátria, la verdad católica?

Para tolerar tranquilamente el error es preciso no ser hombre, ó constituir la hez más vil de los hombres; para tolerarlo en materia tan relevante como la religion, es indispensable haber llegado al nivel de los brutos, y asemejarse además á los demonios.

Aun la naturaleza del hombre exige que cuantos poseen la verdad no la dejan oscurecer por el error. Ningun matemático consentirá nunca que nadie le niegue aquellas proposiciones cuya demostracion le ha proporcionado la ciencia; ningun naturalista consentirá que se desconozcan aquellos experimentos que ha hecho y repetido mil veces; ningun legista consentirá que se ponga en duda la existencia de una ley registrada en el Código. Ningun artesano concederá ni al hombre más docto del mundo que no sean verdaderas aquellas reglas que ejercita todos los dias en su taller. Y el Catholicismo, que posee la verdad recibida del mismo Dios, ¿la prostituiria á toda humana fantasía, como se hace con una fábula ó con una ficcion? ¿Y hacer esto se llamará filosofía?

A lo absurdo se añadiria la impiedad; porque sabiendo seguramente el católico que aquellas creencias son tambien medio, y medio único, para su salvacion y la del prójimo, renunciándolas ó poniéndolas siquiera en duda, no sólo causaria un daño á sí propio, sino tambien una negrísima traicion á sus semejantes. ¿Qué diriais del que se quejase ó metiese mucho ruido porque no se dejaban vender impunemente puñales, pistolas, venenos, y gritase que se violaba la libertad del hombre, que era una tiranía, y que no se podia soportar tal cosa? Quedaríais maravillados por demás. Ahora bien: ¿no os maravilláis del que vocifera porque no se permite que se roben á las almas las verdades de la fé, los medios de la salvacion, los auxilios de la gracia, las esperanzas del paraíso y la eternidad? Si el que llama intolerantes á los católicos dijera claramente que no cree ni en Dios, ni en la Reli-

gion, ni en la vida futura, ni en el paraiso, ni en el infierno, podríase comprender lo que dice; mas es completamente inexplicable que lo haga un cristiano, un católico que afirma creer en la revelacion de Jesucristo.

II. ¿Pero no exigiria por lo ménos la caridad un poco de tolerancia?—Veamos. ¿Qué es la caridad? Caridad es, sin duda, querer bien al prójimo, sea qual fuere la causa por la cual se desea tal bien, porque no es éste el lugar de investigar lo. Si la Religion es el sumo bien del hombre, y la irreligion, por el contrario, su mal más grave, ¿por qué se llama caridad permitir que sea desposeido el hombre de la Religion y precipitado en el bártro de la irreligion? Es necesario haber perdido la sin-déresis hasta confundir la luz con las tinieblas y la verdad con el error, para profesar tales opiniones. Desaprobamos el error, alejándole de nosotros y de nuestros semejantes: ¿no tenemos, por consiguiente, caridad? Es precisamente lo contrario. Desaprobando el error tenemos la mayor caridad posible. Tenemos caridad hácia los que yerran, para que, advertidos á tiempo de su engaño, se puedan retraer de él. El que advierte á un ciego próximo á caer en un foso, lo salva en cuanto está de su parte; lo mismo sucede con el católico que avisa al que da en el error.

Tenemos caridad también con aquellos que aún están en el camino de la verdad, por cuanto los que á tiempo gritan: *¡fuego!* hacen que todos los vecinos se preserven de él. La caridad no se debe tener sólo hácia los que diseminan falsas máximas; la caridad no nos obliga, para no contristarlos, á sufrir nosotros cualquier daño: quiere más bien la caridad bien ordenada manifestarse en primer lugar con nuestros hermanos, y manifestarse, no sólo con palabras, sino también con hechos, preservándoles en cuanto podamos de la irreligion, el mal más horrible y espantoso que se conoce, por ser eterno. Añadid á esto que cuando se trata de errores de religion, todos los Santos, Doctores y Padres de la Iglesia recomiendan á una voz que no se di-

simule poco ni mucho la verdad. Y la razon de esto es múltiple. Tenemos el deber riguroso de profesar la fé, y de profesarla pura, tal como nos la propone la Iglesia santa. Tolerar que delante de nosotros, callados, se hable contra ella, es una especie de apostasia. Tenemos el deber de honrar á Dios con todo el corazon; ¿cómo quedaria su honor si sufriésemos con paciencia que delante de nosotros blasfemasen de El, renegando de su fé? Tenemos el deber de amar al prójimo como á nosotros mismos; ¿y dónde estaria nuestro amor si sufriésemos que se le propinára el veneno mortífero de la infidelidad, sin una sola protesta en contrario?

Y si para obtener este bien del prójimo es necesario contristar con la oposicion á nuestros semejantes perversos, ¿quién tiene la culpa? ¿Por qué nos obligan y nos conducen á ello?

Finalmente: ya que tanto predicán la caridad y la tolerancia, no harian mal en darnos ejemplos de ella. ¿Por qué, por el contrario, se introducen entre nosotros *per fas et nefas*, á pesar de que nosotros no los buscamos? ¿Por qué difunden en nuestras ciudades y en nuestras familias la discordia religiosa? Gritan contra la intolerancia ó la falta de caridad, y despues esparcen libros y cuadernos que nos roban la paz y la tranquilidad del espíritu, declaman de dia y de noche contra nuestras instituciones; respiran veneno contra la Cabeza de nuestra Iglesia; arrojan hiel contra el cuerpo venerando de nuestros sacerdotes; blasfeman continuamente de nuestros Sacramentos; hacen escarnio de todos nuestros Santos abogados y protectores; se toman de todas nuestras prácticas de piedad y devocion: lo hacen todo con tal despecho, rabia y furor, que parecen invadidos por mil demonios; mas despues, si alguno quiere contestar para defender sus creencias, y lo hacen con cierto ardor ó resentimiento, tuercen el cuello, juntan las manos, gritan con aire religioso contra la intolerancia y recomiendan la caridad. ¡Demasiado caros cuestan estos nuevos apóstoles de la tolerancia y del amor! Si dijéramos de ellos que hablan bien y obran mal, ¿no

tendríamos alguna razón? ¡Que se vayan! Que estén en su casa, ó que vayan á predicar á otras partes dichas virtudes generosas: vosotros ¡oh lectores! no seais nunca necios hasta el punto de admitirlas y reconocerlas. Rechazad prontamente la máxima inicua de que *todas las religiones son buenas*, aunque se os presente delante disfrazada con la máscara de la *caridad*.

CAPITULO VII.

Indiferencia religiosa.

I. Qué culpa se comete con la indiferencia práctica.—II. En dónde reside con más frecuencia.

Los dos axiomas combatidos en el capítulo anterior tienden á establecer un principio práctico, esto es, la indiferencia en religion: refutados aquellos, queda cerrado el camino tambien para ésta. Sin embargo, como la indiferencia práctica es sin duda la llaga que más aflige á la moderna sociedad, será muy útil ocuparse en ella más directamente.

¿Qué cosa es la *indiferencia práctica en religion*? Miradla bajo el aspecto que gustéis, y siempre resultará una monstruosidad especial. El aspecto bajo el que gusta de darse á conocer es el filosófico; el indiferente quisiera presentarse como un hombre superior á los demás y guiado por una razon más iluminada que la vulgar. Ahora bien. La indiferencia en filosofía no es más que un absurdo, porque la religion, además de ser una suma de obsequios y de afectos hácia el Señor, es tambien la revelacion de una série de verdades relativas á Dios y á nosotros, á la vida presente y á la futura, á los verdaderos bienes y á los verdaderos males de la una y de la otra. Ahora bien: ¿qué significa ser indiferente en religion? Significa no cuidarse de las verdades más nobles en sí mismas, y más necesarias para el hombre. La sola duda en punto á estas verdades es la muerte de una inteligencia que salga un poco de la esfera comun, así como el no cuidarse de ellas tiene algo de estúpido y de brutal. Es preciso, para llegar á tal situacion, haber quedado sin seso y desconocido la materia hasta el punto de no haber alcanzado nunca ni lo grave de tal ignorancia, ni la trascendencia de to-